

COLECCIÓN PROPAGANDA GENUINA

HAGAMOS AMÉRICA GRANDE NUEVAMENTE

TESIS COLECTIVAS
SOBRE EL FASCISMO

HAGAMOS AMERICA GRANDE NUEVAMENTE

LOS NUEVOS
FASCISMOS:

HAGAMOS AMERICA GRANDE NUEVAMENTE

HAGAMOS AMÉRICA GRANDE NUEVAMENTE

TRAGEDIA

HAGAMOS AMÉRICA GRANDE NUEVAMENTE

Y FARSA

AL MISMO

TRAGEDIA Y FARSA AL MISMO TIEMPO

TIEMPO

TRAGEDIA Y FARSA AL MISMO TIEMPO

@@@@@@@% % #####

Diseño y Diagramación: Rodrigo Arroyo Castro
Correo: vocesopuestasediciones@gmail.com
Facebook: Voces Opuestas Edicioneas | Facebook

COLECCIÓN PROPAGANDA GENUINA

T E S I S COLECTIVAS SOBRE EL FASCISMO

**LOS NUEVOS FASCISMOS:
TRAGEDIA Y FARSA AL MISMO TIEMPO**

**MOVIMIENTO DE IZQUIERDA ÓRFICA
(MIO)**

**EDITORIAL VOCES OPUESTAS
LACAFEBRERIA
2026**



PENSAR LOS FASCISMOS / TRUMPUTINISMO¹

Si conoces al enemigo y te conoces a ti mismo, no debes temer el resultado de cientos de batallas. Si te conoces a ti mismo, pero no al enemigo, por cada victoria que ganes también sufrirás una derrota. Si no conoces ni al enemigo ni a ti mismo, sucumbirás en cada batalla.

Sun Tzu

Introducción

Los fascismos contemporáneos no son una anomalía ni un retorno mecánico al siglo XX, sino la forma actual de la contrarrevolución en un capitalismo neoliberal ya plenamente autoritario. Frente a lecturas que separan liberalismo, neoliberalismo y fascismo como fenómenos distintos, el argumento central plantea que el neoliberalismo es una maquinaria histórica de largo plazo que necesitó —y necesita— momentos

1.- Durante el año 2025 se realizó el Seminario Permanente Pensar los fascismos, el cual fue un espacio de discusión realizado los primeros días de cada mes en La Cafebrería. El seminario tuvo como objetivo principal analizar las transformaciones contemporáneas del fascismo, abordándolo no como un fenómeno histórico clausurado en el siglo XX, sino como una configuración política y simbólica en permanente.

"fascistas" para consolidarse, y que hoy ha entrado en una fase donde democracia liberal y acumulación capitalista ya no son compatibles.

Desde esta tesis, se propone pensar los "nuevos fascismos" en plural, no como copias del clásico, sino como formas flexibles, ideológicamente eclécticas, ameboides y culturalmente sofisticadas, las cuales operan tanto desde el Estado como desde su interior democrático, produciendo un consenso represivo transversal que muchas veces se ve velado para las cargas ideológicas de los individuos.

El concepto de *trumptutismo* funciona como nombre de una configuración geopolítica y cultural global, donde Trump, Putin, Milei, Bukele, etc., no representan polos opuestos, sino variantes de una misma "guerra civil planetaria" que teóricamente guarda ciertos comunes denominadores que apuntan a la reapropiación de la tierra, el cuerpo y la subjetividad.

No obstante, es necesario hacerse y partir con una pregunta estratégica: cómo pensar la resistencia y la sublevación cuando el antifascismo clásico ha devenido impotente y cuando el enemigo ha aprendido a leer la realidad mejor que la izquierda.

“Una diferencia clave es que el fascismo del siglo XX era estatista y corporativista. El de hoy no. Eso confunde a la izquierda. El fascismo clásico organizaba la sociedad. Estos quieren destruir el Estado o capturarlo de otra manera. Pero siguen siendo contrarrevolucionarios y guarda ciertas raíces románticas”



CAPÍTULO 1. LA SEGUNDA VENIDA: TRUMP, MILEI Y LA CONTRARREVOLUCIÓN GLOBAL

Intentar ordenar todo esto bajo una hipótesis común

1.1 La segunda venida

En primer lugar, aceptamos una *Segunda Avenida* que llamamos el *Trumputinismo*. El nombre tiene que ver con orientar el trabajo hacia la interpretación del "fascismo" que se manifiesta en la actualidad, con sus características políticas, materiales, teológicas y metafísicas y ver si podemos categorizar esta nueva fuerza que postula a la destrucción total.

La idea de la "segunda venida" aparece frente a nosotros como algo gracioso. En la cultura judeocristiana, la segunda venida es la de "Cristo". Acá es la segunda venida de Donald Trump que se presenta como redentor y líder de la internacional reaccionaria. No es simplemente que vuelva alguien

que ya estuvo, sino que vuelve otra cosa, en otro mundo, en otro momento histórico y que su idea no es el amor, sino que el odio a todo lo que no representa poder.

Una victoria aplastante que descolocó a los demócratas liberales y a ciertos sectores de la izquierda latinoamericana, que estaban preocupados por el clima geopolítico. Sin embargo, todo esto tenía sentido, ya que la propaganda fabricada para las masas difusas fue completamente efectiva. Lograron crear un enemigo común a nivel internacional.

Pasó lo mismo que con Milei: sus enemigos fueron los mismos que los de Trump. Cabe aclarar, no obstante, que los demoliberales y sus discursos mediocres hicieron todo para que ganara el adversario.

La fuerza de los medios es tan poderosa que cualquiera de nuestros hijos pequeños podía observar la televisión y decir: "Obvio que va a ganar Milei, ¿cómo va a ganar el ministro de Economía?". Ese fue el sentido común que lograron fabricar los medios: la idea de un país que vivía en un abismo de inflación infinita ante la mirada internacional y pusieron el fenómeno inflacionario como eje de la discusión económica.

Con Trump se veía venir su triunfo, pero Milei es la prueba de que el trumpismo funciona como molde, y él actúa como un Jesús que enseñó cómo manipular el verbo: "Hagamos a América grande nuevamente" y "Volvamos a hacer a la Argentina grande nuevamente".

Se afirma que los reaccionarios del mundo, los neofascistas, están celebrando la nueva venida. El tradicionalista y esoterista Alexander Dugin sostuvo que se trataba de un cambio de época. El joven mandatario Bukele habló de una bifurcación en la historia de la humanidad. Volviendo al ruso, lo denominó "revolución conservadora global". Nosotros, en cambio, preferimos llamarlo "contrarrevolución".

1.2 Trumputinismo

Trumputinismo es un concepto que ocupó Bifo Berardi en un post reciente. Consideramos que es una buena síntesis del problema internacional. Tiene que ver con desmontar la ilusión de que existirían bloques opuestos: un Putin anti-Trump. En realidad, son partes de un mismo movimiento: la guerra mundial total.

Teniendo en cuenta lo anterior, la idea es pensar cómo funciona el fascismo hoy: en términos económicos, militares y culturales. Trump y Putin son

parte de la misma avalancha reaccionaria. Aunque parezcan pelearse, es una polémica ridícula. No es que uno represente la democracia liberal y el otro el autoritarismo puro. Esa lectura es una fantasía: lo que están haciendo es repartirse el mundo.

Esto incomoda a parte de la izquierda, porque sigue existiendo un campismo renovado: si somos anti-gringos, apoyamos a Putin, a China pese a su imperialismo solapado. Pero el campo socialista ya no existe. Insistir en esa lógica es no entender el presente.

1.3 Confesión: "lo vi venir, pero no tanto"

El estallido y la revuelta en Chile decantó hacia lo constituyente. Esto llevo a intuir que se aproximaría una avalancha reaccionaria en Chile que tendría sentido con lo que estaba ocurriendo en el mundo. Pero fue mucho más fuerte de lo que se imaginó. Las revueltas han demostrado que la mayoría de las veces o terminan en lo mismo, en algo levemente mejor o en algo mucho peor de lo que se vivía. Esta vez fue lo último.

Pensamos que surgiría una "nueva derecha". Aunque, como dice Andrea Cavalletti, pensar esto

es un oxímoron: la derecha defiende siempre lo mismo, solo cambia de forma (propiedad, familia y nación). Nuestro error fue subestimar la magnitud y la velocidad del proceso lo cual no permitió centrar fuerzas en la pregunta sobre los posibles efectos.

1.4 Tragedia y farsa al mismo tiempo

Destacando el ensayo *Los nuevos fascismos: tragedia y farsa al mismo tiempo*, se afirma que Marx decía que la historia se repite: primero como tragedia, luego como farsa. Pero esa es una visión lineal, mecánica, finalista y evolucionista.

Esta idea había crecido con esa idea mecánica del marxismo: se tenía como tesis que el comunismo estaba asegurado, era cuestión de tiempo. Pero Benjamin, nos hace ver que el muro se nos cae encima. Hoy la sensación es distinta: tragedia y farsa ocurren simultáneamente. Es el "Día de la marmota" de la reacción.

1.5 Fascismo, función y mutación

Se afirma que no todo es fascismo, nos debemos resistir a eso: cuando todo es fascismo, nada es fascismo. Hoy llaman fascista a Trump, Meloni,

Le Pen, Erdogan, Orbán, Milei, Bolsonaro, Kast, los Kaiser... incluso a Allende, Lenin, Zelensky, Bin Laden. Así el concepto se vuelve inútil.

Por eso tal vez es preferible hablar de posfascismo, como lo plantea Enzo Traverso. Regímenes que tienen como común denominador llegan por vía democrática al poder y luego ponen en entredicho la democracia.

Pero hoy es preferible hablar de fascismos, en plural. Nunca hubo un solo fascismo.

No se trata de aplicar un *checklist* del fascismo clásico. Lo que cambia es la función. Hace cien años la contrarrevolución enfrentaba revoluciones proletarias inminentes. Hoy no. Algo permanece —el rol contrarrevolucionario y su espíritu reaccionario—, pero el enemigo y las formas cambian. Por eso la idea de nuevos fascismos es atingente.

Una diferencia clave es que el fascismo del siglo XX era estatista y corporativista seguidores de una economía romántica Adam Heinrich Müller. El de hoy no. Eso confunde a la izquierda. El fascismo clásico organizaba la sociedad. Estos quieren destruir el Estado o capturarlo de otra manera. Pero siguen siendo contrarrevolucionarios y guarda ciertos raises románticas.

1.6 Antifascismo impotente

Gana el antifascismo... y se profundiza la represión. Ganó Boric. Había carteles de la Jota que decían: "La dicha de vencer juntos al fascismo". ¿Y qué pasó en el plano represivo? Nunca hubo tanta legislación represiva como en estos cuatro años. Una ley cada 38 días, según penalistas. Nueva ley antiterrorista. Ley de seguridad. Consenso académico.

Entonces cuando vuelve el miedo y el pánico a la ultraderecha, nos dicen: hay que votar de nuevo por esta versión de la Concertación, si no todo se va a la mierda. Mientras tanto, avanza la contrarrevolución.

Vale recordar a Lassalle: la constitución no es una hoja de papel, son los factores reales de poder. Cuando esos factores se pueden mover, el poder te pone a discutir el papel. Y mientras discutes el papel, avanza la contrarrevolución: La izquierda cayó en un fetichismo jurídico brutal.

Hay algo más inquietante todavía: una pinochetización de lo popular. No tiene que ver con Pinochet como figura, sino como forma de subjetividad. Se puede ser de izquierda, tener toda la retórica, y ser un sujeto pinochetizado: "individualista", "salvacionista", sin noción de lo humano, solo "salvarme ahora".

El fascismo contemporáneo plantea siempre una lucha espiritual que apunta al reino de los cielos. Eso viene del protestantismo, pero se seculariza. Trump, Netanyahu, todos operan ahí. Y todas las revueltas, también, aunque no lo sepan, pero eso no las convierte en lo mismos.

“El fascismo necesita narrar el presente como decadencia absoluta. Según este relato, la civilización, la cultura, los valores están en ruinas. Esta narrativa catastrofista no es descriptiva: es movilizadora. Genera pánico, urgencia y disposición a aceptar soluciones radicales. La decadencia justifica la violencia redentora. Si todo está perdido, cualquier medida está permitida. La destrucción se presenta como purificación.”



CAPÍTULO 2. EL MITO

Los fascismos se alimentan de mitos: los guardianes de la esencia

2.1 El Fascismo opera mediante mitos.

El fascismo contemporáneo no funciona solo mediante ideología explícita ni cálculo racional. opera mediante mitos: imágenes movilizadoras que organizan afectos, identificaciones y enemistades que se relacionan con los lugares comunes propios de una civilización. Estos mitos no son irracionales en el sentido vulgar; son estructuras de sentido que dentro de ellos no conservan nada y que se fundamentan por medio de distintos materiales mitológicos. Los mitos producen realidad y acción política efectiva.

2.2 El mito del origen perdido

El fascismo invoca un origen puro que nunca existió, saben que el pasado que exigen no coexiste con la historia, pero que es eficiente para el control de las masas. Ya sea "la grandeza pasada de la nación", "el orden tradicional" o "la comunidad armónica y natural". De manera oculta tratan siempre de una interpretación subjetiva de símbolos que tratan de explicar un momento fundante. Ese mito no describe el pasado: lo inventa para justificar el presente y, al mismo tiempo, proyectar un presente violento de restauración.

"Hacer América grande otra vez" o "Volver a hacer Argentina grande nuevamente" no son meras consignas nostálgicas. Son mitos performativos que estructuran la acción política, identifican enemigos y autorizan la violencia.

2.3 El mito del pueblo amenazado

El fascismo construye permanentemente la imagen de un pueblo asediado. No importa que el país sea potencia imperial o Estado periférico: siempre está bajo ataque. El enemigo puede ser externo (migrantes, potencias extranjeras,

el comunismo internacional) o interno (élites progresistas, intelectuales, disidentes, minorías raciales o sexuales).

Esta construcción del asedio permanente cumple una función: legitimar el estado de excepción, la suspensión de derechos y la violencia como autodefensa.

2.4 El mito de la decadencia

El fascismo necesita narrar el presente como decadencia absoluta. Según este relato, la civilización, la cultura, los valores están en ruinas. Esta narrativa catastrofista no es descriptiva: es movilizadora. Genera pánico, urgencia y disposición a aceptar soluciones radicales.

La decadencia justifica la violencia redentora. Si todo está perdido, cualquier medida está permitida. La destrucción se presenta como purificación.

2.5 El mito de la conspiración

Detrás de cada crisis, el fascismo ve una conspiración. No hay azar, no hay complejidad estructural, no hay contradicciones sistémicas. Todo es intencional. Siempre hay un plan oculto: globalistas, judíos,

comunistas, feministas, progresistas, "la ideología de género", "el marxismo cultural".

Esta lógica conspirativa simplifica radicalmente el mundo. Ofrece claridad, certeza y enemigos concretos. Permite canalizar el malestar difuso hacia objetivos específicos.

2.6 El mito del líder salvador

El fascismo produce la figura del líder como encarnación del pueblo. No lo representa: lo *es*. Su cuerpo es el cuerpo místico de la nación. Su palabra es verdad revelada. Su voluntad es voluntad popular.

Por eso criticar al líder no es disentir: es traicionar. El líder está más allá de las instituciones, más allá de la ley, más allá de la verdad factual, ya que toma ribetes arquetípicos y trascendentales.

Esta construcción produce una forma de obediencia que no es meramente instrumental. Es afectiva, identitaria y religiosa.

2.7 El mito del enemigo absoluto

El fascismo no construye adversarios políticos: construye enemigos existenciales. El migrante,

el comunista, el homosexual, la feminista no son simplemente oponentes: son amenazas ontológicas. Contaminan, corrompen, destruyen la substancia primaria.

Esta construcción del enemigo absoluto autoriza la eliminación, pues no permite la existencia. Si el enemigo no es político, sino existencial, la solución no puede ser política: debe ser eliminatoria.

2.8 El mito de la violencia purificadora

El fascismo es una religión política de la violencia redentora. Promete que la eliminación del enemigo restaurará el orden perdido. La violencia no es un medio necesario: es el sacramento fundamental.

Matar, expulsar, silenciar no son actos para alcanzar un fin: son el fin mismo. La violencia purifica para la llegada del nuevo reino. La sangre regenera para la aparición del Dios que abandono este mundo.

2.9 El mito de la juventud heroica

El fascismo invoca constantemente la juventud como metáfora de renovación violenta. Frente a las instituciones viejas, corruptas, decadentes,

aparece la fuerza vital de los jóvenes que vienen a destruir y refundar.

Esta glorificación de la juventud no es generacional: es mitológica. La juventud fascista no es una edad: es una disposición a la violencia, a la obediencia, al sacrificio.

2.10 El mito de la guerra eterna

El fascismo naturaliza la guerra por medio de una imagen heroica: el espartano. No la presenta como fracaso de la política, sino como condición permanente de la existencia. La vida es guerra, pues por medio de ella se crea justicia.

Esta militarización de lo social no es retórica: produce formas concretas de organización civil. Todo se estructura según lógica bélica: amigo/enemigo, obediencia/traición, victoria/derrota.

2.11 El mito del cuerpo nacional

El fascismo construye la imagen de la nación como organismo vivo y consiente de sus hijos. El Estado es el cuerpo que moviliza dentro de él este espíritu nacional. El líder es la cabeza. El pueblo es el músculo. Los enemigos internos son el cáncer.

Esta metáfora organicista autoriza la eliminación de lo "enfermo". Si la nación es el alma-cuerpo, los disidentes son tumores que deben extirparse.

2.12 El mito de la técnica redentora

Paradójicamente, el fascismo combina arcaísmo mitológico con fetichismo tecnológico: la tecnología esta al servicio de fuerzas metafísicas que no conviven en este mundo. Invoca el pasado glorioso mientras celebra la técnica moderna como instrumento para llegar al poder.

Esta combinación no es contradictoria: la técnica se moviliza para realizar el mito, dado que su imagen de por si es técnica. Por lo tanto, Los drones, las cámaras de vigilancia, los algoritmos de control se presentan como herramientas para restaurar el orden de ese pasado perdido.

2.13 La función política del mito

Los mitos fascistas no son irracionales en el sentido de ineficaces. Son perfectamente funcionales: son eficientes en todas sus formas. Movilizan, cohesionan, identifican, autorizan. Producen subjetividad, afecto, acción.

Por eso combatir el fascismo exige disputar el terreno mitológico. No basta con refutar los mitos con datos y argumentos racionales.

Es necesario en ciertos momentos construir mitos técnicos que sean moralmente no reprobables, esto puede ocurrir en momentos de suspensión del tiempo histórico: imágenes movilizadoras que produzcan identificaciones, afectos y acciones emancipatorias que apunten a *logos* de la comunidad para la destrucción de los símbolos del poder, para después, cuando vuelva la normalidad, poder favorecer al proceso revolucionario.

El mito comunista, el mito de la revolución, el mito de la vida en común no capitalista: estos también son mitos técnicos. Son mitos que abren, no que cierran. Que emancipan a la comunidad, no que la someten. Que construyen, no destruyen su potencialidad infinita.

“Fascismo contemporáneo no necesita partido-milicia y tampoco un esquema económico propio del corporativismo clásico. Puede operar a través del mercado, del Estado neoliberal o incluso desde gobiernos formalmente democráticos. Su peligrosidad reside precisamente en esa capacidad de mutación, en su carácter ameboide.”



CAPÍTULO 3. ¿FASCISMO, POSFASCISMO O NUEVOS FASCISMOS?

No existe definición definitiva

3.1 El problema de la definición

En la discusión pública sobre fascismo apareció algo simple pero decisivo: nadie tenía claro desde qué definición estaba hablando. Cada quién usaba el término con criterios distintos, muchas veces implícitos que se conciben como ideas de Perogrullo. Y eso no es un problema individual, es un síntoma.

Hoy fascismo se usa como insulto, como categoría histórica restringida o como concepto expansivo que nombra cualquier forma de autoritarismo. El resultado es paradójico: mientras más se usa, menos explica. Se vuelve una palabra cargada de afecto, pero vaciada de capacidad analítica.

3.2 Fascismo y dificultad de origen

Hay una frase que se le atribuye a Nietzsche: "solo se deja definir aquello que no tiene historia"². Todo lo que tiene una historia larga, contradictoria, densa, se resiste a la definición cerrada. El fascismo es exactamente eso.

Incluso su nombre lo muestra. *Fascio* no nace con Mussolini. Circula antes, para nombrar formas de organización, de acción directa, muchas veces ligadas a sectores populares, incluso a la izquierda. Mussolini toma ese significante y lo reinscribe en una operación contrarrevolucionaria. Esa ambigüedad queda inscrita desde el origen.

3.3 Fascismo histórico y pluralidad

Uno de los errores más persistentes es pensar el fascismo como algo unitario. Nunca existió un solo fascismo. El italiano, el alemán, el español, y todas sus variantes compartieron una función contrarrevolucionaria, pero diferían en estética, organización, relación con el Estado y base social.

2.- *La genealogía de la moral*, Segundo tratado, 13.

Además, el fascismo histórico combina algo muy particular: "arcaísmo" y "modernismo". Es reacción, pero también promesa de futuro revolucionaria. Esa capacidad de amalgama explica tanto su poder de seducción como su rápida circulación internacional en el período de entreguerras: El fascismo era novedoso y como sendero así algo nunca antes visto³.

3.4 Definiciones académicas

Desde la historiografía especializada se han propuesto múltiples definiciones. Por ejemplo, Roger Griffin habla de ultranacionalismo palingenésico: una promesa de renacimiento nacional frente a una crisis vivida como terminal.

Otras definiciones subrayan su carácter de nacionalismo antiliberal y antimarxista, con distintos grados de racismo —biológico, cultural o histórico— y

3.- Esto lo podemos ver con la cita de Edward que Ve al fascismo como un faro y como el futuro y guía de la civilización: "Mussolini es el primer hombre de acción que ha respondido en la práctica a la revolución intelectual de nuestro tiempo contra los principios de 1789. Nunca se ha presentado como conservador del orden capitalista [...]. Él se ha hecho, ante todo, el apóstol de ese orden moral que tanto desdeña el espíritu mercantil de los burgueses: ha visto en la sociedad humana algo más de lo que puede verse al través de los saldos de un libro mayor: sabe que ella necesita un alma. Mussolini triunfa, Roma será por tercera vez en la historia la Ciudad Eterna, el Faro del Mundo" (1928).

una vocación de modernismo enraizado. Todo eso describe bastante bien al fascismo clásico, pero empieza a fallar cuando se lo traslada mecánicamente al presente, dado que ha presentado una mutabilidad rápida y constante.

3.5 La definición stalinista y sus ambigüedades

Hay una definición que ha vuelto a circular con fuerza, sobre todo en sectores de izquierda: la definición stalinista del fascismo como dictadura terrorista abierta de los sectores más reaccionarios del capital financiero.

Esa definición responde a un contexto político preciso: la política de los Frentes populares y la necesidad de justificar alianzas con una supuesta burguesía democrática para la lucha antifascista. El problema no es que sea completamente falsa, sino que introduce una distinción peligrosa entre capitales reaccionarios y capitales progresistas.

De ese modo, se refuerza la ilusión de que democracia liberal y fascismo serían campos estrictamente opuestos, ocultando sus zonas de continuidad.

3.6 El fascismo clásico: componentes

Si uno se restringe al período histórico que va aproximadamente de 1919 a 1945, puede identificar una serie de rasgos relativamente estables: diagnóstico de crisis profunda, promesa de renacimiento, encuadramiento total de la sociedad, articulación entre reivindicaciones sociales y nacionales, uso racionalizado de la violencia, movilización de masas, alianza con élites tradicionales, proyección imperial.

Ese listado sirve para entender el fascismo histórico. Pero usarlo como *checklist* normativo para el presente conduce solamente al error.

3.7 Cambio de función, no de nombre

El punto decisivo no es la "forma" (configuración), sino la "función" (el efecto que produce). Hace cien años, la contrarrevolución enfrentaba la amenaza concreta de revoluciones proletarias. Hoy ese escenario no existe y se ve lejano. Pero la función contrarrevolucionaria permanece, es decir, sus efectos en la realidad son lo únicos que se muestran como verdaderamente eficientes.

Por eso resulta más productivo hablar de fascismos en plural, con minúscula. Nunca hubo un solo

fascismo, ni lo hay hoy. El fascismo contemporáneo no necesita partido-milicia y tampoco un esquema económico propio del corporativismo clásico. Puede operar a través del mercado, del Estado neoliberal o incluso desde gobiernos formalmente democráticos.

Su peligrosidad reside precisamente en esa capacidad de mutación, en su carácter ameboide.

“Hoy asistimos a un quiebre decisivo: neoliberalismo y democracia ya no coinciden. Las libertades políticas y sociales conquistadas históricamente aparecen ahora como obstáculos para la acumulación del capital, el proceso de aceleración capitalista no concuerda con la democracia occidental.”



CAPÍTULO 4. NEOLIBERALISMO Y FASCISMO: UNA ALIANZA ESTRUCTURAL

El neoliberalismo no es el antídoto del fascismo, sino una de sus condiciones históricas de posibilidad.

4.1 El mito del neoliberalismo liberal

Durante mucho tiempo se instaló la idea de que el neoliberalismo sería una radicalización del liberalismo. Que exagera el mercado, pero que en el fondo seguiría siendo compatible con la democracia. Esa idea permitió que los ideólogos presentaran al neoliberalismo como algo neutral, técnico, casi inevitable.

Pero el neoliberalismo nunca fue liberalismo. Desde su origen es un proyecto político que se propone erradicar cualquier forma de colectivismo, no solo existente, sino también potencial. No es solo una doctrina económica: es una racionalidad de gobierno profundamente autoritaria que trata de sobre

poner el mundo de lo abstracto por medio de leyes supuestamente naturales.

4.2 Un proyecto de largo plazo

Hay una confusión temporal muy instalada: pensar que el neoliberalismo nace en los años setenta, o que empieza con Pinochet, es totalmente falso. El neoliberalismo comienza a pensarse en los años treinta, como respuesta directa a la amenaza de las revoluciones proletarias⁴.

Chile no es el origen del neoliberalismo, sino su laboratorio más brutal. El programa ya estaba diseñado. Lo que ocurre en América Latina es la aplicación acelerada, violenta, de una arquitectura que se venía pensando hacía décadas.

4.3 Hayek, Mises y el momento fascista

Esto es incómodo para la izquierda, pero es necesario decirlo: Hayek y Von Mises no fueron

4.- Esto, al igual que muchas de las ideas económicas del siglo XX, desde el keynesianismo hasta el neoliberalismo, se presenta como una alternativa antisocialista. En el caso de John Maynard Keynes, su propuesta de "pleno empleo" debe leerse como un intento de estabilizar el capitalismo y evitar que en Inglaterra se produjera una revolución de carácter bolchevique.

ingenuos liberales sorprendidos por el fascismo. Ambos aceptaron explícitamente la necesidad de un momento fascista⁵.

No porque fueran fascistas doctrinarios, sino porque entendían que, frente al peligro del colectivismo, la democracia podía ser un obstáculo. El fascismo aparecía entonces como una etapa transitoria, necesaria para restaurar el orden y permitir luego el funcionamiento del mercado.

Esto rompe completamente la idea del fascismo como anomalía externa al capitalismo contemporáneo. El fascismo no es un accidente del neoliberalismo: es uno de sus recursos, pero que se trata de esconder en sus miles de formas para que no parezca lo que verdaderamente es.

4.4 Neoliberalismo autoritario

Durante los años noventa, la crítica al neoliberalismo se centró sobre todo en el individualismo y en la mercantilización de lo social. Hoy el problema

5.- No es raro que se encuentren frases no concluyentes de Von Mises como esta: "No se puede negar que el fascismo y todas las tendencias dictatoriales análogas están animados por las mejores intenciones, y que su intervención ha salvado por el momento a la civilización europea. Liberalismo (1927), Ludwig Von Mises.

aparece con mayor claridad: el neoliberalismo combina mercado y coerción.

Autores como Wendy Brown o Dardot y Laval muestran que el neoliberalismo no debilita al Estado, sino que lo reconfigura. Produce sujetos competitivos, pero necesita Estados fuertes en su capacidad represiva. La democracia deja de ser soporte del mercado y pasa a ser un estorbo, ya que al igual que los economistas románticos, postulan a una neomonarquía.

4.5 Cuando neoliberalismo y democracia se separan

Hoy asistimos a un quiebre decisivo: neoliberalismo y democracia ya no coinciden. Las libertades políticas y sociales conquistadas históricamente aparecen ahora como obstáculos para la acumulación del capital, el proceso de aceleración capitalista no concuerda con la democracia occidental.

Por eso las formas autoritarias se normalizan sin golpes de Estado. Endurecimiento penal, expansión policial, criminalización de la protesta. Todo eso se implementa con consenso, incluso bajo gobiernos progresistas. El gobierno Trumpista tiene al ICE que actúa como una *Gestapo* fuera de cualquier

ley democrática. Esta será el molde para crear una fuerza represiva internacional que se instalara en todos los países para propiciar la aceleración capitalista. Comenzaran casando inmigrantes, terminar encarcelando disidencias y enemigos políticos; terrorismo doméstico

4.6 Del consenso democrático al consenso represivo

Aquí aparece algo nuevo: un consenso represivo. A diferencia del fascismo clásico, que debía destruir la democracia, el fascismo contemporáneo puede operar desde su interior.

En nombre de la democracia se aplican políticas que históricamente formaron parte del repertorio fascista. El antifascismo institucional de los gobiernos progresistas termina gestionando la represión convencida de que no hay alternativa.

4.7 Consumación y consumo del neoliberalismo

La pregunta no es si el neoliberalismo terminó, sino si se está consumando o consumiendo. Ambas cosas ocurren a la vez.

El neoliberalismo se consume cuando consolida su arquitectura global. Se consume cuando produce

revueltas, crisis y resistencias permanentes. La aceleración autoritaria no es un signo de debilidad, sino la necesidad de sostener por la fuerza un orden que ya no logra legitimarse.

“Cuando la izquierda gobierna aplicando políticas represivas, se produce un efecto devastador: se borra toda diferencia clara entre proyectos antagónicos. Si la izquierda promete orden y gestión responsable, la extrema derecha puede presentarse como la única fuerza capaz de ir más lejos. La normalización autoritaria prepara el terreno para el salto reaccionario.”



CAPÍTULO 5. GOBERNAR COMO LA DERECHA: LA NORMALIZACIÓN AUTORITARIA

El autoritarismo ya no necesita una derecha explícita para operar

5.1 Chile como laboratorio contemporáneo

Chile siempre ha sido un laboratorio. Primero del neoliberalismo, después de la transición pactada y hoy de una forma mucho más sofisticada de normalización autoritaria. No hay aquí una excepción latinoamericana, sino una condensación.

Cuando asume el gobierno de Gabriel Boric, se abre una expectativa muy clara: terminar con la legislación de excepción, desarmar el andamiaje represivo heredado de la dictadura, avanzar en una democratización sustantiva. Lo que ocurre es exactamente lo contrario.

Nunca hubo tanta producción legislativa en materia represiva como en estos años. Penalistas

hablaban de una ley represiva cada 38 días. Nueva ley antiterrorista, fortalecimiento de las policías, ampliación de figuras penales. Todo eso con amplio consenso.

5.2 Cuando la izquierda gobierna como la derecha

Esto no se explica solo por traiciones personales o errores tácticos. Hay algo más profundo: la izquierda gobernando desde la racionalidad de la derecha.

Una legislación que en la Constitución de 1980 era presentada como incompatible con los derechos humanos —mientras el Estado practicaba el terrorismo de Estado— hoy es modernizada y aplicada por un gobierno que se reivindica heredero de las luchas democráticas.

La paradoja es brutal: se gobierna en nombre de la democracia aplicando dispositivos que históricamente fueron denunciados como fascistas.

5.3 Consenso represivo y transversalidad

Lo más inquietante es que no hay conflicto político real en torno a esto. El endurecimiento penal, la expansión de las facultades policiales y la criminalización de la protesta no generan oposición significativa.

Se instala así un consenso represivo transversal. Derecha, centro e izquierda coinciden en que el problema central es el orden. La represión deja de ser una excepción y pasa a ser una herramienta ordinaria de gobierno.

5.4 Del estado de excepción a la normalidad

A diferencia del fascismo clásico, que debía destruir abiertamente la democracia parlamentaria, el autoritarismo contemporáneo opera desde dentro.

No se suspenden formalmente los derechos. Se los vacía mediante su aplicación selectiva. El estado de excepción ya no se declara: se administra. La violencia estatal se integra a la rutina gubernamental y se presenta como respuesta técnica.

5.5 El efecto político de la normalización

Cuando la izquierda gobierna aplicando políticas represivas, se produce un efecto devastador: se borra toda diferencia clara entre proyectos antagónicos.

Si la izquierda promete orden y gestión responsable, la extrema derecha puede presentarse como la única fuerza capaz de ir más lejos. La normalización autoritaria prepara el terreno para el salto reaccionario.

5.6 Gobernabilidad, miedo y contrarrevolución

El miedo se convierte en el gran operador político. Frente a la protesta, la migración o la crisis económica, la respuesta es siempre la seguridad.

En este escenario, la contrarrevolución no necesita derrotar a los gobiernos progresistas. Puede realizarse a través de ellos. Esa es una de las mutaciones más inquietantes del presente.

“Buena parte de la izquierda sigue creyendo que el fascismo triunfa por ignorancia o manipulación. Que bastaría con explicar mejor, con tener mejores argumentos. Ese supuesto racionalista es falso. El fascismo no se impone por la razón, sino por los afectos, las identificaciones, las mitologías y las fantasías. Insistir en una crítica puramente moral o pedagógica no solo fracasa, sino que profundiza la distancia entre quienes hablan y quienes adhieren a estos proyectos.”



CAPÍTULO 6. ANTIFASCISMO IMPOTENTE Y DESORIENTACIÓN DE LA IZQUIERDA

El avance de los nuevos fascismos no se explica solo por su fuerza, sino por la impotencia política de las respuestas que dicen combatirlos.

6.1 El antifascismo como reflejo

Cada vez que aparece una figura de extrema derecha, la reacción inmediata es nombrarla como fascista y condenarla moralmente. Esa operación tranquiliza, ordena el campo afectivo, pero no explica nada.

Cuando todo es fascismo, este deja de ser un concepto y se transforma en un simple insulto que se puede dirigir hacia cualquier patología. El antifascismo se vuelve un reflejo: denunciar, escrachar, reafirmar valores abstractos. El problema es que esa forma de resistencia no produce ninguna interrupción real de los avances reaccionarios.

6.2 El límite del mal menor

La otra gran respuesta es el mal menor. Frente a la amenaza fascista, se nos dice que hay que cerrar filas, votar disciplinadamente y aceptar cualquier cosa con tal de evitar lo peor.

Pero el mal menor tiene un límite estructural. Cuando se transforma en estrategia permanente, cancela toda posibilidad de transformación. El antifascismo queda reducido a la administración del miedo y el pánico, mientras el orden que produce el fascismo permanece intacto.

6.3 Razón, moral y fracaso explicativo

Buena parte de la izquierda sigue creyendo que el fascismo triunfa por ignorancia o manipulación. Que bastaría con explicar mejor, con tener mejores argumentos.

Ese supuesto racionalista es falso. El fascismo no se impone por la razón, sino por los afectos, las identificaciones, las mitologías y las fantasías. Insistir en una crítica puramente moral o pedagógica no solo fracasa, sino que profundiza la distancia entre quienes hablan y quienes adhieren a estos proyectos.

6.4 Adorno y los núcleos de verdad

Adorno es clave acá. Él decía que el fascismo no tiene una teoría sólida, sino una flexibilidad extrema. Pero también decía algo más incómodo: que el fascismo contiene núcleos de verdad.

No porque sus conclusiones sean verdaderas, sino porque se apropia de experiencias reales de sufrimiento, abandono y humillación. El error del antifascismo moral es negar esos núcleos en lugar de desarmar la operación que los captura.

6.5 Desorientación y cierre del horizonte

El resultado de todo esto es una desorientación profunda. La izquierda queda atrapada entre defender un orden que ya no ofrece promesas emancipatorias y no poder imaginar alternativas que no reproduzcan la lógica autoritaria.

El antifascismo, en este contexto, deja de ser una práctica transformadora y se convierte en una gestión del miedo. Lejos de frenar la contrarrevolución, termina facilitándola.



“Todo esto confirma algo fundamental: la política contemporánea no se juega en el terreno de la razón pura. Se decide en el campo de la fantasía, los mitos, la identificación y del afecto. Los nuevos fascismos lo comprenden mejor que la izquierda. La producción de subjetividad es el núcleo de la lucha política: Ignorar este terreno equivale a abandonarlo.”



CAPÍTULO 7. GUERRA CULTURAL Y APROPIACIÓN DE LA TEORÍA

La teoría se ha convertido en un botín estratégico

7.1 La derecha aprendió a leer

Durante mucho tiempo, una parte importante del progresismo sostuvo la idea de que la derecha no leía, no pensaba, que actuaba solo por pulsión autoritaria o brutalidad. Ese supuesto fue un error político grave.

La extrema derecha contemporánea lee. Y no solo lee, sino que lee al enemigo. Lee teoría crítica, lee filosofía, lee sociología. No para emanciparse, sino para combatir mejor.

7.2 La *Nouvelle Droite* y la batalla cultural

Después de la derrota histórica del fascismo europeo, algunos de sus intelectuales entendieron que el problema no era solo político o militar, sino

cultural. No bastaba con disputar el Estado: había que disputar el sentido común.

Así emerge la *Nouvelle Droite* francesa. Alain de Benoist y otros teóricos retoman explícitamente a Gramsci, no para profundizar una política emancipatoria, sino para invertirla. La batalla cultural se convierte en estrategia contrarrevolucionaria.

7.3 Teoría crítica como botín

Lo que ocurre después es aún más inquietante. No solo se reapropian de Gramsci. Conceptos provenientes del posestructuralismo y de la teoría crítica —deseo, subjetividad, micropolítica— son traducidos a un lenguaje contrainsurgente.

Mientras gran parte de la izquierda se repliega al ámbito académico, las derechas radicales comprenden que la teoría no es un lujo, sino un arma.

7.4 Guattari, Deleuze y la contrainsurgencia

La apropiación de Guattari es particularmente clara. Conceptos como revolución molecular, pensados para criticar el capitalismo y el autoritarismo, son resignificados para describir y neutralizar la protesta social.

En Chile, esto se vuelve explícito con la noción de revolución molecular disipada, elaborada por Alexis López Tapia. Ese concepto no queda en el plano teórico: es incorporado por aparatos de inteligencia policial como clave de lectura del estallido social.

Una teoría nacida para pensar la emancipación termina convertida en doctrina policial.

7.5 De la teoría a la doctrina policial

Este pasaje no es accidental. Responde a una comprensión precisa del conflicto contemporáneo como disputa por la subjetividad.

La represión ya no se limita a contener cuerpos. Busca anticipar, mapear y neutralizar deseos. La teoría crítica, reapropiada, se convierte en herramienta de control.

7.6 Velocidad ideológica

Otra característica central del presente es la velocidad con la que las categorías políticas se invierten.

El *lawfare* es un ejemplo claro. Utilizado inicialmente por las derechas contra gobiernos

progresistas, es luego reapropiado por esas mismas derechas como prueba de persecución. Esta velocidad produce cinismo, desorientación y erosiona cualquier referencia estable a la verdad.

Confusionistas como Diego Fusaro han posibilitado una inversión estratégica de las categorías políticas tradicionales, articulando el principio de utilizar "ideas de izquierda con valores de derecha". Para ello, resulta necesario reinterpretar a Marx como un idealista seguidor de Fichte y a Gramsci como discípulo de Gentile, desplazando así sus fundamentos materialistas hacia una matriz nacional-popular de carácter conservador.

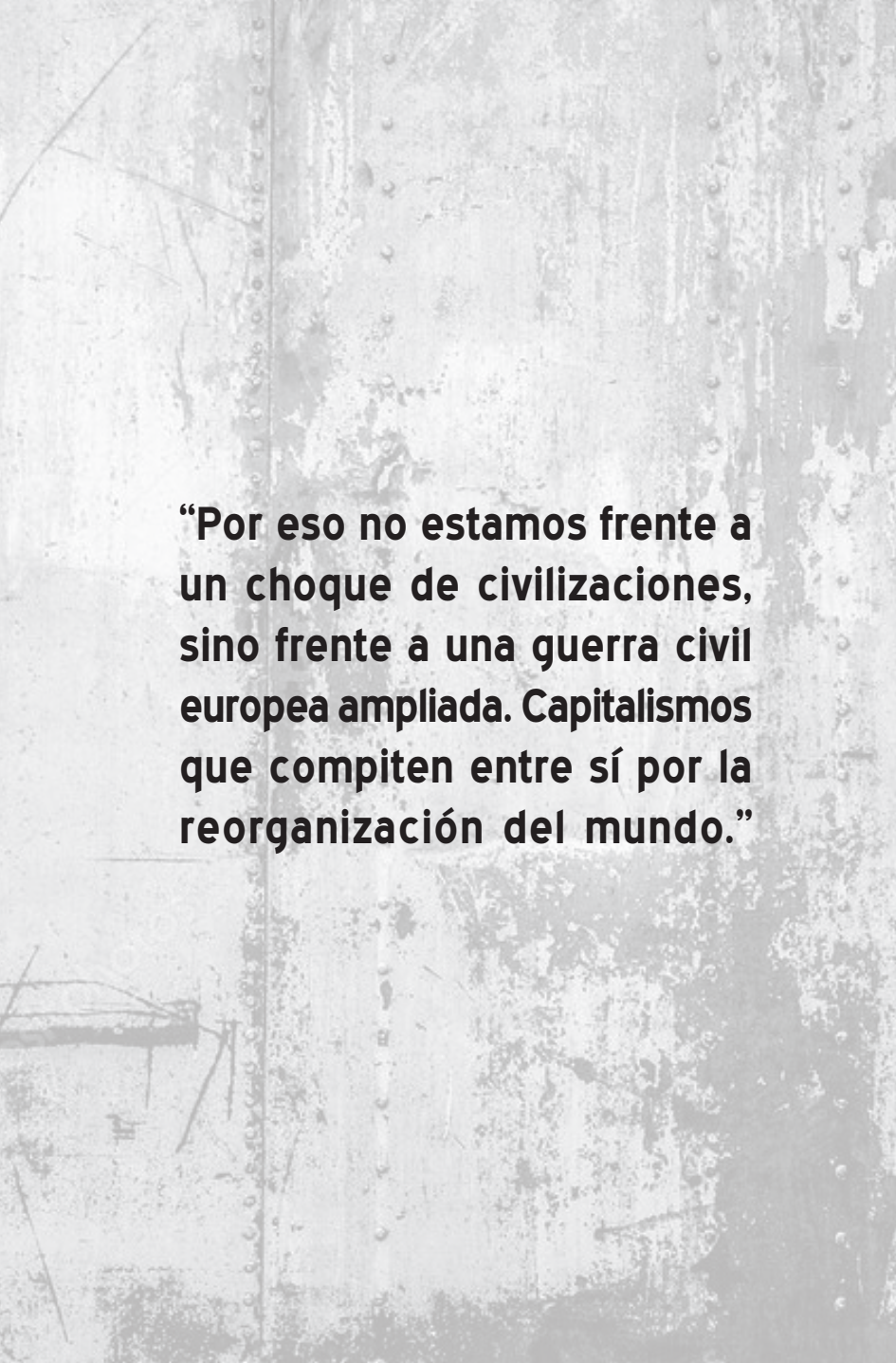
A nivel internacional, puede observarse cómo sectores ultraliberales y libertarios han comenzado a apropiarse de terminología originalmente marxista, por ejemplo, la idea de una "batalla cultural" resignificándola dentro de un marco individualista y antiigualitario. Otro caso se puede observar en los constantes absurdos de Axel Kaiser, quien sostiene que los verdaderamente "inhumanos" e "injustos" serían aquellos economistas que promueven el aumento de impuestos, pues, desde su punto de vista, negarían tanto la naturaleza humana como

los principios de las ciencias naturales al intentar modificar las dinámicas del mercado.

7.7 Subjetividad, fantasía, mito y poder

Todo esto confirma algo fundamental: la política contemporánea no se juega en el terreno de la razón pura. Se decide en el campo de la fantasía, los mitos, la identificación y del afecto. Los nuevos fascismos lo comprenden mejor que la izquierda. La producción de subjetividad es el núcleo de la lucha política: Ignorar este terreno equivale a abandonarlo.





“Por eso no estamos frente a un choque de civilizaciones, sino frente a una guerra civil europea ampliada. Capitalismos que compiten entre sí por la reorganización del mundo.”



CAPÍTULO 8. PUTINISMO, COLONIALISMO Y GUERRA CIVIL EUROPEA

El putinismo debe entenderse como una revolución conservadora inscrita en una guerra civil europea de larga duración.

8.1 El imaginario europeo sobre Rusia

Para entender el lugar que ocupa Rusia en la política europea hay que ir mucho más atrás que el siglo XX. Desde el siglo XVIII, Rusia aparece como una figura ambigua: europea y no europea al mismo tiempo.

Rousseau lo dice con mucha claridad en *El contrato social*: Rusia es un pueblo civilizado demasiado pronto. Un pueblo obligado a imitar formas ajenas sin haber pasado por su propio proceso histórico. Esa imagen funda una matriz duradera: Europa se piensa como civilización y proyecta sobre Rusia la barbarie.

Esta representación no desaparece. Se reactualiza una y otra vez. Rusia funciona como el otro interno de Europa, como aquello que permite al viejo continente pensarse a sí misma como racional, moderna y democrática.

8.2 Orientalismo interno y paranoia europea

La relación de Europa con Rusia puede leerse como una forma de orientalismo interno. A diferencia del orientalismo clásico, que proyecta la barbarie hacia afuera, aquí el enemigo está dentro del continente.

Europa ha vivido obsesionada con la amenaza rusa, aun cuando históricamente las grandes catástrofes europeas fueron producidas por los mismos países europeos. El ruso violento, autoritario, sirve como espejo invertido que, permite depositar lo que no quiere reconocer como propio el viejo continente.

8.3 Del colapso soviético a la revolución conservadora

La caída de la Unión Soviética no significó el triunfo definitivo del liberalismo. Abrió otra cosa.

En los años noventa se inicia en Rusia un proceso de recomposición nacional que no se identifica ni con el liberalismo occidental ni con la herencia soviética.

El putinismo emerge de ahí. No como nostalgia soviética, sino como revolución conservadora. Su objetivo es reconstruir una nación fuerte, capaz de resistir la subordinación económica y cultural; ser eje de Eurasia y retomar el mito de Rusia Turan

Putin no inventa esto de la nada. Retoma una tradición intelectual conservadora rusa, donde aparece con fuerza la figura de Iván Ilyin, pensador nacionalista que Putin cita reiteradamente.

8.4 Nación, cultura y descolonización

Mientras la izquierda sigue pensando el conflicto en términos de clase, el putinismo lo formula en términos culturales. La disputa no se presenta como anticapitalista, sino como defensa de la soberanía cultural y geopolítica.

Esto se traduce en políticas de desdolarización, de multilateralismo, de cuestionamiento del orden atlántico. Pero no se trata de una superación del capitalismo, sino de un capitalismo sin centro único.

8.5 Trump, OTAN y agotamiento imperial

Desde esta perspectiva, Trump deja de ser una anomalía. Es un síntoma del agotamiento del imperialismo estadounidense.

Trump dice algo que el liberalismo no quiere escuchar: Estados Unidos ya no puede sostener el orden mundial como antes. La OTAN aparece como una estructura agotada. Europa revela su dependencia.

No hay aquí una ruptura radical, sino un reordenamiento violento del mismo mundo.

8.6 Europa contra sí misma

Europa ya no es el centro del mundo. Es un territorio de disputa entre distintas fuerzas que comparten una misma matriz civilizatoria.

Por eso no estamos frente a un choque de civilizaciones, sino frente a una guerra civil europea ampliada. Capitalismos que compiten entre sí por la reorganización del mundo.

8.7 Lo nuevo: no existen bloques

Todo esto permite desmontar la idea campista de izquierda. No hay un bloque bueno y un bloque

malo. No hay que elegir entre Estados Unidos y Rusia, entre OTAN y China.

Ni Rusia ni China son alternativas emancipatorias. Son variantes internas del capitalismo global y pretenden formas de imperialismo de frecuencia distinta. Comprender esto no implica justificarlas, sino dejar de pensar la política internacional con categorías del siglo XX.



“Lo que estamos viendo no es solo una crisis política, sino una ofensiva territorial. El capitalismo vuelve a apropiarse de la tierra de manera directa. Tierras indígenas, bienes comunes, mares, ríos, zonas rurales y periferias urbanas entran nuevamente en un ciclo de desposesión.”



CAPÍTULO 9. CIELO Y TIERRA: NUEVA CARTOGRAFÍA DEL PODER

La imagen de cielo y tierra no es metafórica

9.1 Reapropiación de la tierra

Lo que estamos viendo no es solo una crisis política, sino una ofensiva territorial. El capitalismo vuelve a apropiarse de la tierra de manera directa. Tierras indígenas, bienes comunes, mares, ríos, zonas rurales y periferias urbanas entran nuevamente en un ciclo de desposesión.

Esta reapropiación no es solamente económica. Es política y militar. Allí donde el capital avanza, lo hace acompañado de fuerzas de seguridad, militarización y criminalización de la protesta. El conflicto social deja de leerse como político y pasa a ser tratado como problema de orden.

9.2 El cuerpo como territorio

La tierra no es el único territorio en disputa. El cuerpo también se convierte en territorio de extracción.

La promesa del territorio espacial opera como una ficción metapolítica: en lugar de enfrentar la devastación del mundo terrestre, proyecta una salida trascendente que naturaliza la destrucción en el presente. Bajo la apariencia de un progreso técnico imparable, se configura como un dispositivo imaginario que legitima la aceleración capitalista, proponiendo la huida hacia un espacio estructuralmente hostil al cuerpo humano antes que la transformación de las condiciones materiales de vida en la Tierra. En este punto irrumpe la ideología californiana de Silicon Valley, que se articula con el aceleracionismo neorreaccionario de Nick Land.

La intensificación del trabajo, la precarización, el agotamiento, la extensión del tiempo laboral muestran que el neoliberalismo no solo explota recursos, sino tiempo de vida. El cuerpo aparece como el último espacio a colonizar, gestionado entre la autoexplotación y la coerción.

9.3 Cielo y tierra: la doble máquina

El capitalismo contemporáneo funciona como una máquina doble. Por un lado, promete volver a la tierra: reindustrialización, soberanía productiva, nación, trabajo.

Por otro lado, se proyecta una fuga hacia el cielo: financiarización extrema, digitalización total, inteligencia artificial y colonización espacial. El dúo Donald Trump–Elon Musk condensa en su momento esta fantasía: arraigo nacional y huida cósmica al mismo tiempo. Mientras se reivindica el suelo, la frontera y la soberanía, se impulsa simultáneamente una imaginación de trascendencia tecnológica que apunta a abandonar el planeta.

La llamada "ideología californiana", que es una mezcla de libertarianismo, tecnoutopismo y capitalismo digital, promueve la idea de que la superación de los límites de la vida terrestre es posible mediante la tecnología. Esta utopía funciona como horizonte legitimador de la aceleración capitalista: en lugar de confrontar la devastación del mundo común, propone su desplazamiento hacia una dimensión digital o extraterrestre.

9.4 Palestina como laboratorio

Palestina ocupa un lugar central en esta nueva cartografía del poder. No como conflicto aislado, sino como laboratorio.

Allí se combinan de manera extrema la reapropiación de la tierra, la guerra permanente, la administración del espacio y el estado de excepción continuo. Las técnicas de ocupación, vigilancia y guerra urbana ensayadas en Palestina se exportan luego a otros territorios.

El anexionismo aparece así no como residuo del pasado, sino como política de futuro global.

9.5 Guerra, cartografía y técnica

La guerra contemporánea no se libra solo con armas. Se libra con mapas, algoritmos, satélites y dispositivos técnicos.

La cartografía se convierte en un campo de batalla. Pensar el espacio es ejercer poder. No es casual que conceptos provenientes de la filosofía crítica sean reapropiados por aparatos militares y de seguridad.

9.6 Nueva era de anexiones

Vivimos una nueva era de anexiones. Desde Palestina hasta Ucrania, desde las disputas marítimas

hasta la expansión extractiva, la reorganización violenta del espacio se normaliza.

El capitalismo abandona cualquier promesa universalista. Ya no promete un mundo común, sino zonas de sacrificio, muros, enclaves y fronteras móviles.

9.7 Guerra civil global

La consecuencia de esta nueva cartografía es la generalización de la guerra civil.

No se trata de guerras entre Estados claramente delimitados, sino de conflictos internos, transnacionales y asimétricos. La guerra civil global no es una excepción: es la forma actual del orden.

En ella, cielo y tierra se disputan como recursos estratégicos, mientras poblaciones enteras son desplazadas, gestionadas o eliminadas según su utilidad para el modelo capitalista de producción.



REFLEXIONES FINALES DE LA SÍNTESIS

Una síntesis extiende el conflicto, debe llevarlo a un estado superior

Sublevación, desertión y vida no fascista

Estas reflexiones no fueron escritas para cerrar un debate, sino para abrir una serie de preguntas incómodas. Si algo muestra el recorrido realizado es que los nuevos fascismos no constituyen una anomalía pasajera ni una patología externa al orden vigente. Son, por el contrario, una de sus formas de funcionamiento.

La contrarrevolución contemporánea no necesita ya de grandes rupturas institucionales. Puede operar desde el interior de la democracia, a través del consenso represivo, de la guerra cultural y de la captura de la subjetividad. En este escenario, la pregunta decisiva no es cómo defender un orden que ha perdido su

promesa emancipatoria, sino cómo interrumpir una maquinaria que se reproduce precisamente gracias a nuestra adhesión resignada.

Más allá de la representación

Durante décadas, la política fue pensada fundamentalmente en términos de representación: elegir gobiernos, ocupar el Estado, disputar leyes. Sin negar la importancia de estas dimensiones, la presente muestra con crudeza sus límites. Cuando incluso los regímenes progresistas administran dispositivos autoritarios, la representación deja de ser garantía de transformación.

Esto no implica abandonar toda acción institucional, sino dejar de fetichizarla. El poder ya no se concentra únicamente en el Estado; se dispersa en dispositivos técnicos, económicos, culturales y afectivos. Pensar la política exclusivamente desde la representación equivale a combatir una guerra con mapas obsoletos.

Sublevación y desertión

Frente a este panorama, suelen aparecer dos respuestas inmediatas: la sublevación permanente o el repliegue cínico. Ninguna de ellas, por sí sola, resulta suficiente.

La sublevación, entendida únicamente como estallido episódico, corre el riesgo de ser rápidamente neutralizada o absorbida. La deserción, cuando se reduce a una retirada individual, puede convertirse en una forma pasiva de adaptación.

Sin embargo, pensadas juntas, sublevación y deserción adquieren otro sentido. Sublevarse no solo contra un gobierno, sino contra formas de vida que reproducen la lógica autoritaria. Desertar no como huida, sino como rechazo activo a participar en dispositivos de dominación.

Vida no fascista

Michel Foucault formuló alguna vez una pregunta que conserva toda su potencia: ¿cómo no ser gobernados así? En el contexto actual, esta pregunta puede reformularse de manera más radical: ¿cómo vivir de un modo que no reproduzca el fascismo en sus formas cotidianas?

La vida no fascista no es una identidad ni un programa cerrado. Es una práctica frágil, situada, siempre inacabada. Implica resistir la tentación del orden a cualquier precio, del miedo como organizador de lo social y de la obediencia como virtud.

No se trata de pureza moral, sino de una experimentación política constante: nada debe ser permanente; todo debe conservar la capacidad de mutación. Allí donde el fascismo promete seguridad a cambio de sumisión, la vida no fascista apuesta por vínculos, cuidados y formas de cooperación que no pueden ser completamente capturadas por la lógica del poder.

PREGUNTAS ABIERTAS

Este documento claramente no ofrece recetas. En cambio, sí un marco posible para pensar por medio de preguntas:

¿Cómo interrumpir la normalización autoritaria sin caer en el moralismo impotente?

¿Cómo disputar la producción de subjetividad sin reproducir las técnicas del enemigo?

¿Cómo sostener prácticas de vida no fascista en un mundo organizado en torno a la guerra civil permanente?

Responder estas preguntas no es tarea de un texto ni de un autor. Es una tarea colectiva, situada y conflictiva. Si este documento logra al menos contribuir a esa conversación, habrá cumplido su propósito.

De te fabula narratur

Este objeto es una invitación a pensar los “nuevos fascismos” en plural, no como copias del clásico, sino como formas flexibles, ideológicamente eclécticas, ameboides y culturalmente sofisticadas, las cuales operan tanto desde el Estado como desde su interior democrático, produciendo un consenso represivo transversal que muchas veces se ve velado para las cargas ideológicas de los individuos.

Es necesario hacerse y partir con una pregunta estratégica: cómo pensar la resistencia y la sublevación cuando el antifascismo clásico ha devenido impotente y cuando el enemigo ha aprendido a leer la realidad mejor que la izquierda.